

## **Cuatro educadores catalanes en tierras argentinas**

**por**

**Alberto David Leiva**

UCA - CONICET

La República Argentina, ubicada en el lejano sur americano, llegó a conformar su población actual merced al aporte humano de casi todas las regiones de Europa.

En el transcurso del siglo XIX mucha gente concebía el paso al nuevo continente como la mejor solución para su vida.

Especialmente para los españoles las playas rioplatenses se presentaban a la vez como una promesa y como un desafío. A diferencia de otros migrantes, los peninsulares pudieron recrear con relativa facilidad, del otro lado del océano, su propia cultura en medio de usos costumbres similares.

Mezclados con otros compatriotas, también los catalanes llegaron por entonces dispuestos a ejercer todos los oficios profesiones. Entre tantas actividades no fue menos noble difusión de la educación instrucción. Impulsado a inmediatez por diferentes circunstancias, fueron arribando a la Argentina en sucesivas épocas cuatro personajes. Aunque jamás llegaron a saberlo, los cuatro se igualaban por su inclinación al estudio, a la observación y por su admiración por la cultura.

Manuel Francisco Bernardet, el primero en llegar, nació en Cataluña, probablemente hacia 1780. Llegó al país a fines del siglo XVIII y se radicó en Salta del Tucumán, ciudad benemérita de antigua prosapia colonizadora, donde instaló una escuela primaria de gran prestigio. El establecimiento funcionó regularmente hasta que en 1812 el general Juan Antonio Álvarez de Arenales derrotó a las autoridades españolas, iniciando un período de guerras que se prolongó por más de una década. Las inquietudes bélicas" del

momento, poco propicias para el estudio, ahogaron el proyecto de Bernardet.

Poco o nada se sabe acerca del resto de las circunstancias de su vida, excepto que pasó con doña Tomasa González de Hoyos, de la familia del nombrado general Arenales, ocupando un lugar prestigioso en una sociedad que supo recordarlo por su acción en pro de la enseñanza de las primeras letras.

Varios años después de la independencia, también en Salta, se estableció don Pedro Ripoll; un hombre amable, cordialísimo, y poseedor de un espíritu filantrópico, siempre dispuesto para interesar a los mayores y para educar y deleitar a los niños con sus vastos conocimientos zoológicos.

Aunque de familia originaria de Olot, Ripoll transcurrió su niñez y juventud en Barcelona, donde también se educó e inició los trabajos periodísticos y docentes vinculados a las ciencias naturales que después lo impulsaron a viajar por Francia, Austria, Inglaterra y Rusia. Radicado en Logroño, hubo de huir a Francia en marzo de 1831 sindicado de conspirar contra el gobierno de Fernando VII en colaboración con don Salustiano de Olózaga. Por el mismo motivo se vio obligado a viajar al Río de la Plata.

En Montevideo, llevado por sus inclinaciones, frecuentó la amistad del naturalista rioplatense don Dámaso Larrañaga, que ya tocaba los años altos de la vida.

Al llegar a Buenos Aires fue acogido por el compatriota don Carlos Casavalle, por entonces famoso impresor y librero, anudando una relación que finalmente habría de influir en su destino. Inducido por Casavalle y gracias a su amistad con el comerciante salteño don Juan Galo de Leguizamón y Salinas, Ripoll instaló en Salta, hacia 1842 un comercio de librería que pronto se constituyó en el más fiel exponente de su verdadera vocación.

En los escaparates del negocio, junto a los libros, Ripoll exhibía quirquinchos, tortugas y otros animales vivos, hasta gasterópodos, de varios géneros y tamaños, que despertaban la admiración de la clientela, especialmente de los niños.

Como en la librería porteña de su colega el pedagogo Marcos Sastre, también en su propia trastienda funcionaba un cenáculo intelectual frecuentado por hombres de ciencia, allí se reunían, entre otros extranjeros radicados en Salta, el destacado naturalista italiano Paolo Mantegazza, tenaz estudiosos de las virtudes de la yerba mate, el erudito prusiano y periodista Otto Klick, el topógrafo Francisco Host y el geógrafo Federico Stuart, con quienes se comunicaba frecuentemente en sus propios idiomas, que él practicaba de continuo para impartir clases a la juventud salteña. Ripoll acabó su vida a fines de 1882, después de ejercer una influencia notoriamente benéfica, estimulando el despertar de varias vocaciones científicas. El caso mas notorio fue el del sabio argentino Martín Leguizamón, después llamado con justicia “el Ameghino del Norte”, con quien se cumplió plenamente la vieja sentencia según la cual el maestro más hábil es aquel capaz de generar discípulos mucho más sabios que él.

Apenas una generación después, la antigua tierra de los condes soberanos obsequió a la Argentina una vocación docente plenamente consciente de si misma e intensamente heroica, Signada por una vida fugaz y dolorosa.

Nacido en Barcelona en marzo de 1865, Manuel Olivé dejó de existir en Buenos Aires antes de cumplir cuarenta años de edad.

Estudió en la ciudad porteña bajo la dirección del conocido educador don Adolfo Van Gelderen, quien le concedió una beca en la prestigiosa Escuela Normal de Profesores que dirigía por entonces. El joven se destacó enseguida entre los mejores alumnos, graduándose de maestro en 1882 y de profesor en 1885. Pocos años después se le confió la dirección de la Escuela Nicolás Rodríguez Peña, establecimiento importante que manejó correctamente, agregando a su gestión el entusiasmo y la energía propios de su juventud.

Su obra escrita, también temprana, se orientó a la redacción de manuales escolares, notables por su claridad expositiva y su eficacia didáctica. Muchas generaciones de estudiantes aprovecharon sus “Elementos de anatomía, fisiología e higiene”, sus “Elementos usuales de ciencias físico químicas” y su libro de

“Lecturas para la niñez” que bien puede decirse, sin exagerar, que es un ejemplo de destreza pedagógica.

Desgraciadamente, a los quince años de su ingreso, al magisterio, Olivé cayó víctima de una enfermedad que lo postró hasta su muerte. Pese a ello, durante tres años se lo vio conducir su silla de ruedas diariamente a la escuela para dictar sus clases y atender a las tareas de dirección hasta que, gracias a una suscripción promovida entre todo el magisterio de la República por el doctor Genaro Sisto y por don José María Aubín pudo retirarse a principios de este siglo. Murió en Buenos Aires en 1904. Actualmente una escuela de la Capital lleva su nombre.

También en Cataluña, en el seno de una tradicional familia el 12 de abril de 1867 nacía en la localidad de Sástago don Juan Antonio de Prat Gay.

Su vida, apenas mas larga que la de Olivé, se orientó desde un principio a la práctica comercial; actividad a la que pronto agregó la enseñanza de los procedimientos contables. En la provincia de Tucumán, donde se radicó definitivamente al llegar a la Argentina, fundó la primera escuela de contabilidad del norte argentino, por la que habían de pasar los jóvenes más emprendedores de la región, que por entonces comenzaba a destacarse por la importancia de su incipiente industria azucarera.

El “tratado de Contabilidad” que escribió, fruto de su dedicación cotidiana a la materia, fue pronto texto de enseñanza en el resto del país.

Su personalidad, de índole práctica y decidida, distaba mucho sin embargo de apreciar únicamente los conocimientos puramente instrumentales. En realidad, su espíritu pragmático escondía a un correcto poeta, dotado además de humor y de ingenio delicado.

Murió en Buenos Aires, en 1915, al tiempo que la República comenzaba a transitar una etapa de acelerado progreso material al que él también había contribuido como bueno. Dejó larga y respetada familia. Sus restos descansan en el mausoleo que erigieron sus discípulos en un acto de primera gratitud.